
Un reloj que atrasa

El nuevo impulso del proteccionismo antiglobalización

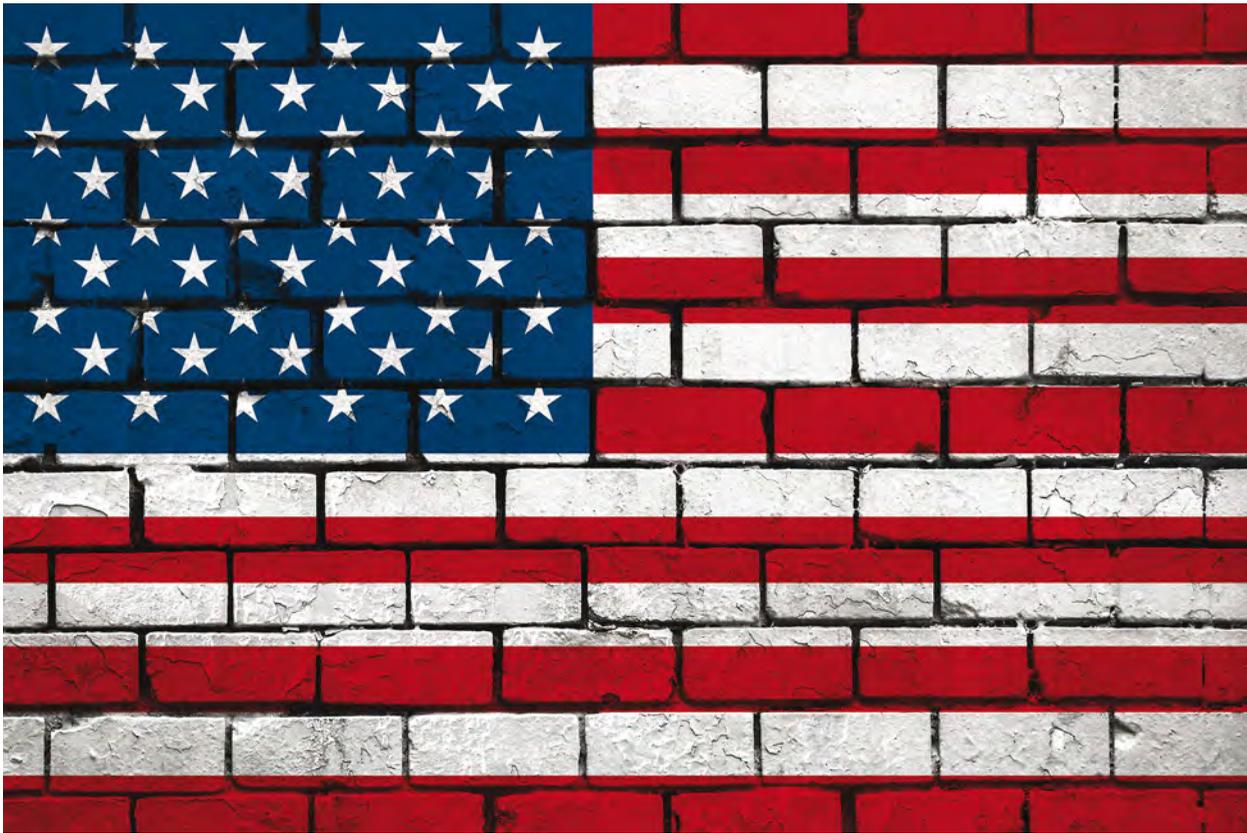
Por Antonio López Crespo



FOTO: TAKENOBU/ISTOCKPHOTO.COM

Informe realizado para **MARCO TRADE** revista por:

 **OICEX**
OBSERVATORIO IBEROAMERICANO
DE COMERCIO EXTERIOR



Un reloj que atrasa

El nuevo impulso del proteccionismo antiglobalización

Por Antonio López Crespo

Karl Hess fue un controvertido personaje de la política estadounidense: tras años en activismo en el Partido Republicano, fundó la *New Left*, para terminar definiéndose como un “anarquista de mercado”. Pese a sus vaivenes, hace más de 30 años señaló con agudeza: “La derecha moderna rechaza el capitalismo porque, mientras predica la empresa, practica el proteccionismo; así como la izquierda moderna rechaza al libertarismo porque, mientras predica el

individualismo, practica el colectivismo.”

Desde hace un tiempo y de manera creciente, la **globalización y su condición liminar, el libre comercio, soportan el acoso de un amplio, contradictorio y sorprendente círculo de opositores**. Para asombro de los analistas más avezados, desde contradictores de las izquierdas más radicalizadas a exponentes de las derechas más conservadoras, confluyen en una misma prédica. No importa que sean representantes del Tea Party, *outsiders* como Donald Trump o Nigel Farage, neonazis de distinto calibre o voceros de un izquierdismo infantil que abreva en las fuentes cubanas y pueden provenir desde el Podemos español alseudoprogresismo latinoamericano, pasando por los más diversos movimientos antiglobalizadores.

Los unen varias concepciones singulares: la vocación populista, el sueño de una democracia directa, la incompreensión ominosa de los cambios históricos y culturales ocurridos en las últimas décadas y los que ahora mismo están ocurriendo y cierta cándida creencia en la voluntad individual

como motor de la historia. Trump, en el discurso inaugural de su acceso a la presidencia del país más poderoso de la Tierra, no dudó en ratificar esa creencia: “Vamos a traer de vuelta nuestros puestos de trabajo. Vamos a traer de vuelta nuestras fronteras. Vamos a traer de vuelta nuestra riqueza y vamos a traer de vuelta nuestros sueños”.

Esa oposición coincide en que la globalización, como ha señalado el nuevo presidente de Estados Unidos: “Ha sido solo una carnicería que se ha robado demasiadas vidas y robado mucho potencial. Esta carnicería estadounidense se termina aquí y ahora”. Omite que, durante décadas, ha existido un notable acuerdo sobre **los beneficios brindados por la globalización y que los mismos no han alcanzado solo a los países más ricos sino que ha permitido el progreso de los más pobres y en desarrollo**.

Por eso el **presidente chino, Xi Jinping**, en su discurso de inauguración del Foro Económico de Davos en enero pasado, recordó la importancia de “permanecer

comprometidos con el desarrollo del libre comercio y la inversión para promover la liberalización y la facilitación del comercio, a través de la apertura”. Apelando a los líderes mundiales, Xi señaló que la economía global “es un gran océano del que uno no puede escapar” y por eso el mundo debe decirle “no” al proteccionismo. “Cualquier intento de cortar el flujo de capitales, bienes y personas entre economías y redirigir las aguas hacia lagos aislados simplemente no es posible”, agregó.

El presidente Xi reconoció que también China tuvo, al comienzo del proceso, dudas sobre la globalización y la incorporación a la Organización Mundial del Comercio (OMC), pero comprendió que la integración en la economía global “representaba una tendencia histórica” irreversible. Retroceder hacia los esquemas cerrados de estados-nación operando aisladamente en el mundo ya no es posible.

Sin embargo, mucha gente—incluso decisores políticos relevantes— se muestran perplejos, cuando no indignados, ante el rápido reemplazo de puestos de trabajo por robots, ante cambios tecnológicos que transforman en obsoletas a industrias que habían sido exitosas, mientras olas de migrantes económicos y refugiados políticos y de guerra sacuden el espacio urbano de nuestras ciudades. Y en lugar de encarar nuevas soluciones para los nuevos problemas que plantea la globalización, creen posible retroceder un siglo a la era de la manufactura.

El debate británico que concluyó en el Brexit y la reciente elección presidencial en Estados Unidos se han mostrado marcados por esa creencia. Nadie lo ha hecho más explícito que Trump: “El libre comercio es comercio estúpido”, declaró ante periodistas europeos, explicando que en Alemania se veían muy pocos Chevrolets mientras en Estados Unidos pululaban los Audi, BMW y Mercedes Benz. Es decir que, para el presidente de la primera potencia mundial, los autos —en plena globalización— siguen teniendo “nacionalidad” y el comercio “no estúpido” debería responder casi a un equilibrio digno de arsenales nucleares. Es descorazonador contemplar tanto atraso conceptual.

La respuesta de los directivos de BMW



Xi Jinping, presidente de China, en el Foro Económico de Davos.

fue contundente: Estados Unidos debería preocuparse por hacer mejores coches, más competitivos, a mejores precios y tratar de venderlos en todos los mercados del mundo. Coincidían con lo que declaraba el ministro de Economía alemán, Sigmar Gabriel, al periódico Bild: “En lugar de penalizar a los fabricantes germanos, Estados Unidos debe responder con la fabricación de mejores autos y más deseables para el consumidor”. En respaldo a BMW, Matthias Wissmann, presidente de VDA, organización rectora de la industria automotriz alemana, fue más lejos, mostrando la contribución de las empresas automotrices alemanas a la economía estadounidense: solo durante los últimos siete años, ha cuadruplicado la producción de vehículos ligeros en ese país hasta alcanzar 850.000 unidades, más de la



Donald Trump, presidente de los Estados Unidos.

mitad de los cuales son exportados: “En el largo plazo, Estados Unidos se estaría disparando en el pie si impone tarifas u otras barreras comerciales”, dijo.

Las políticas comerciales planteadas por los contradictores de la globalización y lideradas hoy por Donald Trump pueden, pese a su inviabilidad de largo plazo, provocar una conmoción en el comercio mundial al modificar, tras décadas, la forma en que Estados Unidos hace negocios con el resto del mundo. Romper acuerdos vigentes de libre comercio, como el NAFTA, amenazar con retirarse de la OMC o imponer restricciones a las cadenas internacionales de valor pueden significar verdaderos terremotos en los negocios globales.

Así lo intuyen prestigiosos columnistas de la prensa mundial. Xavier Vidal-Foch, de El País España, ha señalado que el “fantasma” más peligroso que gira alrededor de Trump es el “devastador impacto de una política hiperproteccionista de la industria nacional” y recuerda el impacto de esas políticas cuando las tomó el ex presidente Herbert Hoover (1929-1933), quien con su política de “enriquecer a la propia nación empobreciendo al vecino” terminó reduciendo un tercio del comercio entre Estados Unidos y Europa, agravando las consecuencias de la Gran Depresión y alimentando el ascenso final del nazismo.

Michael Gerson, del USA Today, llamó las expresiones de Trump como un intento necio “de golpear al establishment y hacer promesas peronistas (sic) para revertir la globalización”. Declarar su llegada a la Casa Blanca como el “Día Nacional de Patriotismo” parece ir en ambos sentidos.

La pretendida voluntad de crear empleos en Estados Unidos, cerrar un déficit comercial de más de 800.000 millones de dólares y obtener “buenos acuerdos” para los estadounidenses —objetivos de la nueva administración—, debería pasar por reconocer que el país se concentró por años en dos grandes segmentos de la economía: finanzas y seguros —“la aspiradora de dólares” a la que aludía una investigación de la New Economics Foundation (NEF) londinense en 2004— y que fueron, a la postre, los sectores causantes de la crisis global del 2008. Mostrando una



especial incoherencia, la actual administración estadounidense convoca a hombres de Goldman Sachs a hacerse cargo del déficit y el desempleo que ellos mismos causaron.

El objetivo manifiesto de Trump de “volver a hacer grande a América”, con políticas proteccionistas destinadas a recuperar empleo –“Recobramos nuestros trabajos (...) reconstruiremos nuestro país con mano de obra estadounidense (...)”. Cada decisión en comercio, impuestos, relaciones exteriores e inmigración se tomarán en beneficio de las familias de este país siguiendo dos reglas simples: **compra estadounidense y contrata a estadounidenses**” – solo puede provenir de tres alternativas igualmente peligrosas: **una mentira flagrante, una ignorancia supina o una alucinación nacionalista.**

En primer lugar, porque Estados Unidos no padece un desempleo agudo. La herencia recibida de la presidencia de Barack Obama fue haber reducido la falta de trabajo al 4,8% cuando la crisis financiera, provocada por la especulación de bancos y fondos de inversión, la había llevado por encima del 10% en 2009. Lo que ha caído ha sido el empleo manufacturero, sobre todo en estados como Illinois, Ohio y Pennsylvania (decisivos para la victoria de Trump) que solo representan el 9% del

empleo de Estados Unidos, que ha visto crecer de manera extraordinaria la demanda de empleo en el sector servicios y de tecnología, lo que explica la baja tasa general de desempleo.

En segundo lugar, porque esa caída del empleo manufacturero no se debe solo al ingreso de productos de México, China o Alemania –como acusa Trump– sino básicamente al **cambio tecnológico que vive toda la economía global.** Se trata de una tendencia universal que ha llevado a que Alemania proyecte, desde 2013, un plan estratégico para llevar su producción a una total automatización e independencia de la mano de obra humana. En el mismo camino se encuentra la industria de

Las **exportaciones chinas se dispararon un 7,9% anual en enero 2017**, muy por encima de lo esperado tras caer en 2016, según su Administración de Aduanas. Lo mismo sucedió con sus importaciones, otra **señal de recuperación de la segunda economía mundial.**

Las exportaciones del gigante asiático, principal potencia comercial del planeta, totalizaron **182.800 millones de dólares y las importaciones subieron 16,7%, a 131.400 millones de dólares** (enero 2017).

buena parte del planeta. Para mantener su ventaja competitiva y automatizar su producción, China apela a robots industriales hechos en Europa. Los días en los que sus empresas asentaban su fortaleza en empleados baratos y dedicación completa han quedado atrás.

La automatización se expande desde industrias pesadas como la fabricación de autos hacia sectores que requieren robots más precisos y flexibles, capaces de manejar y ensamblar productos pequeños, como electrónicos y ropa.

Un estudio del Instituto McKinsey estima que lo mismo sucederá en Estados Unidos, donde el 60% de los trabajos manufactureros serán automatizados en los próximos cinco años. Y si el capricho de la nueva administración estadounidense lograra el improbable retorno de algunas compañías al país, los nuevos trabajos necesariamente deberían ser reemplazados por procesos más automatizados para compensar los mayores costos.

Para intentar aquietar la incertidumbre, el mandatario chino Xi Jinping remarcó en Davos que el suyo es un país responsable, que mantendrá muy abierta la puerta al mundo: “Una puerta abierta permite a los demás países acceder al mercado chino y a China integrarse al mundo –dijo–. Esperamos que otros países mantengan también sus puertas abiertas a los inversores chinos”. Para mostrar hasta dónde está China dispuesta a llegar, señaló que el objetivo es “crear una red global de acuerdos de libre comercio, abriendo sus brazos al resto de los países para que se suban al tren de alta velocidad del desarrollo chino”.

Una tendencia con historia

Hay que reconocer, sin embargo, que el incremento de las posiciones favorables a “buscar el propio beneficio a costa de empobrecer al vecino” es anterior a la irrupción del Brexit o de Trump y responde a **corrientes populistas que se niegan a explicar los cambios estructurales de la economía global y pretenden simplemente retroceder un siglo restaurando el proteccionismo.**

El derrumbe del sector manufacturero estadounidense que marcó gran parte de la elección de Trump, con seis millones



de puestos de trabajo perdidos en el ciclo 1999-2011, no solo se explica por el ascenso de China y otros países emergentes. Es cierto que esos países, en parte, pudieron beneficiarse del proceso globalizador. Pero vale recordar qué se pensaba en Estados Unidos 10 años atrás, cuando festejaban que las ganancias de la globalización se quedaban preferencialmente en su país. *The New York Times* se hacía eco de esa visión en un artículo en febrero de 2006 —“Tiembra el *made in China*”—, en el que sostenía que “a menudo *made in China* solo quiere decir algo producido principalmente por compañías multinacionales en Japón, Corea del Sur, Taiwán y Estados Unidos, que usan a China como estación de montaje final en sus vastas redes mundiales de producción”. Esta cadena de producción global, sostenía *The New York Times*, “está distorsionando de modo creciente las cifras globales del comercio y tiene el efecto de hacer aparecer a China como una mayor amenaza comercial de lo que realmente es”.

Para esa visión, los grandes ganadores eran “los consumidores de Estados Unidos y otras economías avanzadas, como resultado del desplazamiento de la producción final de juguetes, ropa, artefactos electrónicos y otros productos de países asiáticos a China, que es más barata.

China se queda con los beneficios salariales de la globalización, pero no con las ganancias de la globalización

Las corporaciones multinacionales estadounidenses y otras compañías extranjeras, incluidas las cadenas minoristas, son las manos en gran medida invisibles que se encuentran detrás de las fábricas que lanzan al mercado estos productos baratos y son las que se quedan con la mayor parte de las ganancias del comercio”.

Para Dong Tao, economista de UBS, citado por el periódico: “El mayor beneficiario de todo esto es Estados Unidos. Una muñeca Barbie cuesta 20 dólares, pero China solo recibe 35 centavos de dólar”.

Yasheng Huang, profesor del MIT, destaca: “Básicamente, en la década de los '90, firmas extranjeras con sede en Estados Unidos, Europa, Japón y el resto de Asia trasladaron sus operaciones manufactureras a China. Pero el control y, en consecuencia, las ganancias de estas operaciones quedan

firmemente en manos de las firmas extranjeras. **China se queda con los beneficios salariales de la globalización, pero no con las ganancias de la globalización”**.

Una década después, ese discurso ha cambiado: para Trump, China pretende matar de hambre a los estadounidenses y acusa: “Lo que China le ha hecho a Estados Unidos es uno de los mayores robos de la historia del mundo”. Ya en 2011, escribía en las redes sociales: “China es nuestro enemigo, ellos nos quieren destruir”. Un año más tarde, mostraba su ignorancia al sostener: “El concepto del calentamiento global fue creado por y para los chinos para hacer que la manufactura de Estados Unidos no sea competitiva”. En enero de 2016 dijo que había escrito la frase en broma.

Un estudio del economista David Autor, del MIT, reconoce que el declive del país se ha visto acompañado de ganancias en China, pero advierte que el comercio también ha creado empleo, contribuyendo a reducir los precios de muchos productos y servicios, lo que en promedio ha reducido el costo de vida: “El crecimiento de las importaciones de China de 1999 a 2011 le costó a Estados Unidos alrededor de 2,4 millones de puestos de trabajo”. La cifra ni se acerca a los seis millones que se perdieron. En eso coincide un informe del Instituto de Estudios del Trabajo en Bonn, Alemania, que cuantifica en 44% el impacto de las importaciones chinas en la pérdida de empleo manufacturero en Estados Unidos, de lo que habría que restar los puestos de trabajo creados alrededor de los servicios comerciales.

Desarrollo tecnológico y empleo

El desarrollo tecnológico ha impactado en el empleo en todas las regiones del mundo. Y lo seguirá haciendo. Basta con repasar la planta de trabajadores de las empresas telefónicas, de los bancos o de las grandes automotrices para observarlo. Pero ha afectado de manera más severa a aquellos países que han sido incapaces de generar nuevas industrias que absorberían la demanda de empleo. **En la pérdida de puestos de trabajo, además, no solo ha jugado un papel la automatización, sino también la puesta en marcha de procesos**

más eficientes y el traslado de la manufactura a otros países, como Malasia, Camboya, India, Honduras, entre otros.

La simplificación y la paranoia propias del pensamiento populista prefirieron el camino fácil de la búsqueda de “enemigos” que dieran pábulo a su retórica proteccionista: “Tenemos que impedir que nos roben nuestros trabajos”, afirma Trump. La verdad, en el caso de Estados Unidos, la expone con sensatez Gary Hufbauer, un experto en comercio del Instituto Peterson de Economía Internacional: “El problema en Estados Unidos es que no hemos hecho demasiado para ayudar a aquellos que han perdido su trabajo, a través de apoyo del sistema de seguridad social o de formación laboral (...). En la última década, no ha habido crecimiento en los ingresos familiares en Estados Unidos ni en Europa, ni tampoco en Japón. La gente no está contenta y, si se trata de echar la culpa a alguien, es fácil hacerlo con los extranjeros”.

Sara Hsu, en un lúcido artículo en la revista *Forbes* (“The ugly truth about Donald Trump's China Policies”), destaca que numerosos economistas han señalado: “Ese objetivo no es plausible, pues muchos procesos de manufactura se están volviendo cada vez más automatizados”. Y recuerda: “Eso es lo que Walmart ha experimentado en su intento por traer de vuelta empleos. La compañía se vio incapaz de fabricar productos al mismo bajo precio cuando usó mano de obra estadounidense y se vio forzada a mecanizar la producción (...). El aumento de tarifas a ese nivel resultará en un aumento de los precios de los productos de consumo y el impacto en la generación de empleo será pequeño”.

Aunque el proteccionismo pueda resultar atractivo para políticos sometidos a la presión de un electorado cada vez más irritado por la falta de progreso económico, su efecto resulta siempre en un incremento de los precios que pagan los consumidores. Un ejemplo lo constituyó la respuesta de Obama, en 2012, ante la inundación de neumáticos baratos provenientes de China y la consiguiente indignación de los fabricantes locales. El ex presidente aplicó una medida

Principales mercancías que vende China

En % del total



Equipos para telecomunicaciones	11,20
Máquinas de procesamiento de datos	11,13
Artículos manufacturados diversos	9,12
Prendas de vestir	7,79
Maquinarias y aparatos eléctricos	7,52
Enseres y efectos personales	6,27
Maquinaria no eléctrica	6,24

Principales mercancías que compra China

En % del total

Combustibles	17,22
Circuitos electrónicos integrados	12,10
Productos químicos	9,82
Maquinaria no eléctrica	6,24
Alimentos	4,99
Instrumentos científicos	4,80
Automóviles	4,07

proteccionista —aranceles compensatorios— que fue festejada por los consumidores. Como resultado, los aranceles implicaron que los consumidores estadounidenses pagaran 1.100 millones de dólares más por sus neumáticos, según un estudio del Instituto Peterson, y que cada puesto de trabajo salvado costó en la práctica unos 900.000 dólares, sin que ello generara mejoría alguna para los trabajadores implicados.

Pero los detractores de la globalización y el libre comercio se niegan a reconocer que buena parte de la pérdida de

empleo a nivel global viene de la mano de la Cuarta Revolución Industrial y la consiguiente automatización. Y que esa será una tendencia creciente que requerirá nuevas y creativas políticas públicas para mitigar sus consecuencias.

Mientras, desde una visión estrecha, Trump extrema hasta la beligerancia su diagnóstico —“No es libre comercio; es comercio estúpido. China arroja todo lo que tiene aquí...”—, el mundo recorre asombrado la fascinante galería de transformaciones que presenta la nueva Revolución Industrial con una convergencia de tecnologías digitales, físicas y biológicas, que están cambiando el mundo a escala desconocida y velocidades extraordinarias.

Lo que la globalización no supo responder

A finales de 2016, un informe del World Economic Forum ya advertía sobre la creciente oposición y la necesidad de revertir el retroceso de la globalización, señalando la falta de comprensión sobre cuál ha sido el verdadero motor del crecimiento del comercio en las últimas décadas y las reales causas de la actual desaceleración.

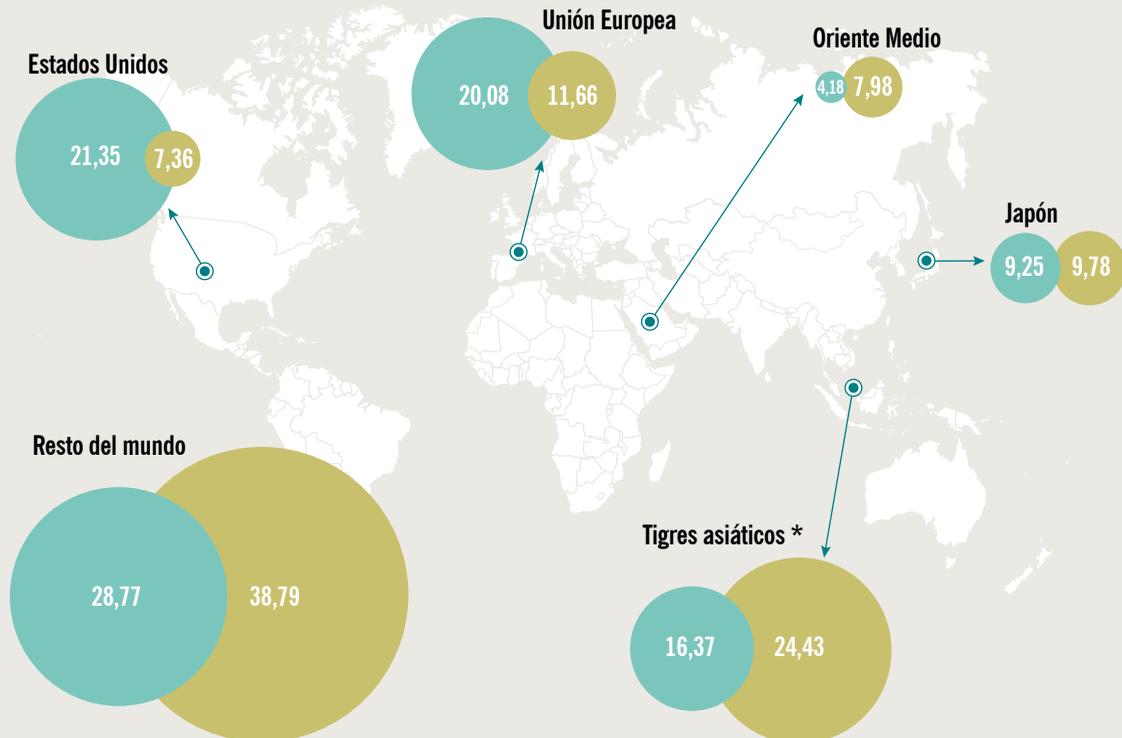
Organismos como el Fondo Monetario Internacional (FMI) confunden síntoma con diagnóstico cuando señalan que tres cuartas partes de la desaceleración del crecimiento del comercio proviene de una “debilidad generalizada de la actividad económica”, en especial de la inversión, y plantean la necesidad de reactivar el “ciclo virtuoso del comercio internacional y el crecimiento”, sin avanzar sobre las verdaderas las causas de la situación actual.

Está claro que la liberalización del comercio y el desmantelamiento de las barreras comerciales que se habían erigido durante la Segunda Guerra Mundial permitieron a las empresas multinacionales, en el período 1950-1980, obtener extraordinarias ganancias, mientras los precios de las materias primas de los países menos desarrollados se mantenían en niveles muy bajos. Pero el proceso de globalización posibilitó, a través de tres fenómenos tecnológicos sincrónicos —la expansión de la Red y el abaratamiento de los fletes marítimos (Panamax) y de las comunicaciones (fibra óptica)— la

Destino de las exportaciones y origen de las importaciones de China

En % del total de mercancías

● Exportaciones ● Importaciones



Fuente: Organización Mundial del Comercio.

*Hong Kong, Corea del Sur, Singapur, Tailandia, Taipei y Malasia.

deslocalización productiva en busca de mejores costos y acceso más directo a las materias primas necesarias.

El libre comercio, que había sido contrastado por los países más pobres como una de las causas de sus males, pasó a significar la puerta para su producción, aunque las ganancias de esta permanecieran todavía mayoritariamente en manos de las empresas que se habían trasladado a su territorio. La secuela de transferencia de tecnología y la posibilidad de esos países de especializarse en los sectores en los que eran más productivos inició un camino de desarrollo que condujo, no solo a un mayor crecimiento, sino a superar niveles ominosos de pobreza y alcanzar niveles de vida superiores para amplios sectores de su población. Países emergentes de Asia como **Corea del Sur, China e India** son ejemplos significativos de ese proceso, al que se han sumado países de América Latina y África.

La defensa actual de la libertad de comercio por parte de esos países, encabezados por China, no tiene otra explicación.

Sin embargo, la fe en los efectos benéficos de la globalización no permitió ver que la expansión del comercio internacional –y de las ganancias consiguientes– se estaban agotando al ritmo de la reducción de las barreras comerciales, tal como enseña la teoría económica. A comienzos de los '90, cuando los aranceles y otras barreras al comercio ya eran muy bajos, los beneficios producidos por la liberalización comercial habían empezado a menguar.

La irrupción de grandes jugadores globales, fruto de aquella globalización, como China, India, Brasil o Rusia (los BRIC), y sus nuevas y crecientes demandas energéticas, alimentarias y de minerales para atender la expansión de su desarrollo se constituyeron entonces en un

factor decisivo en el incremento de los precios de las materias primas y en el motor de una etapa que provocó un auge de dos décadas en los precios de esas materias. La consecuencia de esos altos precios –teniendo en cuenta que las materias primas representan una gran parte del comercio mundial– fue la posibilidad de mantener altas tasas de crecimiento mundial y un *boom* en el valor total del comercio global.

Pocos advirtieron que la “**década de oro**” de las materias primas era la verdadera causa del fortalecimiento del comercio y del crecimiento mundial. Economistas y políticos de todo el mundo –siguiendo la tendencia dominante– atribuyeron esos resultados a la liberalización del comercio, robusteciendo la idea de que ampliar los límites de la globalización significaría una expansión extraordinaria de la riqueza para todos. Era

Un reloj que atrasa

El nuevo impulso del proteccionismo antiglobalización



el llamado a una “hiperglobalización”.

Dani Rodrik, profesor de la Universidad de Harvard y uno de los economistas más lúcidos, fue de los pocos que advirtió las consecuencias desalentadoras de esa “hiperglobalización” que da pie ahora a los extravíos proteccionistas de Trump y muchos otros. Para él, la globalización había puesto en cuestión las relaciones entre democracia, Estado y futuro de la economía mundial. Y esas tensiones debían resolverse articulando el rol de los Estados con el proceso globalizador, evitando tanto la expansión extrema de los mercados —“hiperglobalización”— como el retorno a posturas rancias de un nacionalismo populista —proteccionismo—.

Era necesario verificar que, a medida que los mercados ganan peso en las decisiones, los Estados lo pierden, con una incidencia riesgosa para las democracias. Estados y mercados debieran ser complementarios: un Estado fuerte, dirigido a promover el desarrollo, la estabilidad y la democracia, con mercados abiertos y globalizados. Es el modelo de desarrollo que siguieron muchos países de Asia-Pacífico y que constituye un ejemplo de complementación. Países como China y otros mantuvieron los controles de capital, preservaron la posibilidad de gestionar su economía nacional sin permitir el desborde de la acción financiera extranjera.

Ello les permitió crecer y no ser alcanzados por la crisis.

En el mismo sentido, Rodrik sostiene la necesidad de limitar, sobre todo, la actual libertad de los mercados financieros globales —la “hiperglobalización”— y de reflexionar sin ideologismos sobre sus consecuencias indeseables. Existe un desequilibrio entre el poder de regulación de los gobiernos nacionales, que no va más allá de sus fronteras y los mercados globales. Los mercados nacionales se estructuran en instituciones políticas y reguladoras fuertes, mientras los mercados financieros globales son propensos a la inestabilidad, porque poseen una gobernanza débil, ya que no existe un banco central global ni otras instituciones reguladoras internacionales.

Mientras la globalización avanza, el mundo permanece distante de una

El empleo automotriz que le preocupa a Trump no ha sido reemplazado por China sino por los robots de la Cuarta Revolución Industrial.

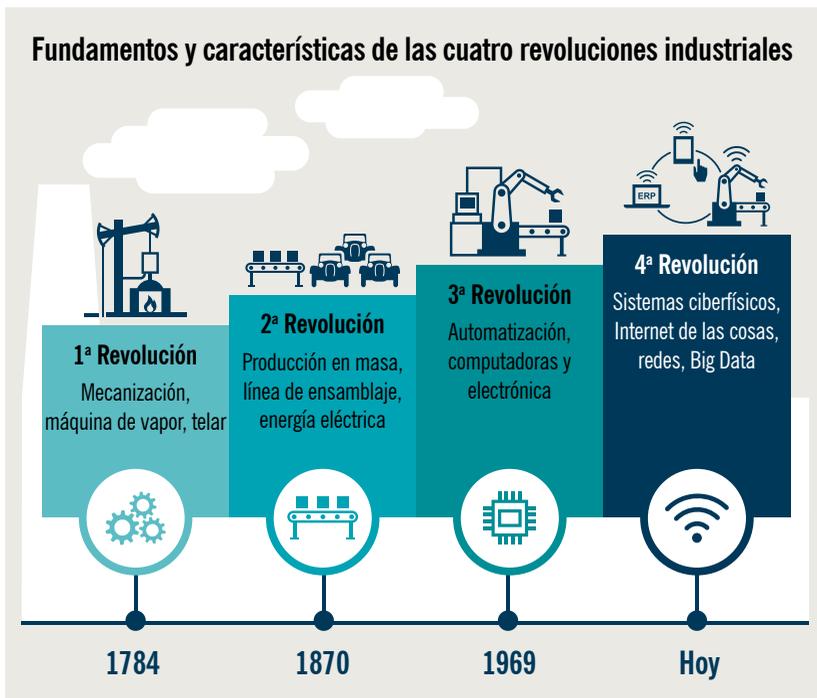
gobernanza global democrática, deseable pero por ahora utópica. Por lo que el equilibrio entre Estados y mercados se vuelve imperioso. El mundo ha visto crecer, en los últimos años, un sinnúmero de políticas desreguladoras que han dejado a los Estados inermes frente a las maquinaciones de los mercados financieros. La crisis de 2008 y sus actuales consecuencias no son más que una cabal demostración de lo que provoca el capital financiero moviéndose sin control por todo el mundo.

El alcance de los mercados globales debería quedar limitado —como sostiene Rodrik— para que no escapen del ámbito institucional que permita su gobernanza. La actual arquitectura financiera mundial debe admitir mayores controles nacionales de capital e impuestos sobre las transacciones financieras, mientras se avanza hacia regulaciones internacionales. El propio FMI admitió finalmente, a principios de 2010, la conveniencia de establecer esas restricciones a la movilidad del capital, reconociendo que, en determinadas condiciones, los controles de capital están justificados.

Nadie quiso advertir —ningún político se atrevió a hacerlo— que el crecimiento impulsado por los precios de las materias primas, a diferencia del que había generado la liberalización comercial, tendría un impacto negativo sobre el nivel de vida en

FOTOS: ARAVINDTEKI/ISTOCKPHOTO.COM; MICROOLGA/ISTOCKPHOTO.COM

Fundamentos y características de las cuatro revoluciones industriales



aquellos países avanzados, fuertes importadores de materias primas y que ello repercutiría negativamente sobre el poder adquisitivo de su población. Ante la retracción económica mundial, se prefirió seguir predicando los beneficios de una globalización sin límites.

A diferencia de los países europeos, Estados Unidos no sintió la necesidad de aumentar sus exportaciones de productos manufacturados para equilibrar sus cuentas externas, en parte por ser todavía un fuerte productor de petróleo y gas y en parte porque su bonanza provenía de dos sectores especulativos sin sustento en la economía real: las finanzas y los seguros, que generaron una ilusión de riqueza, mientras su balanza externa se deterioraba. Lentamente había ido abandonando su sector manufacturero a manos de países menos desarrollados, con menores salarios y dispuestos a afrontar los esfuerzos de los “blue jobs”.

Surgió entonces un extraño matrimonio por conveniencia que satisfizo las necesidades de ambos: China construyó una economía cada vez más poderosa —tal como señala Stephen Roach, ex presidente Morgan Stanley Asia y profesor del Instituto Jackson de Asuntos Globales de

la Universidad de Yale— asumiendo el rol de máximo productor, mientras que Estados Unidos adoptaba el espíritu de máximo consumidor.

China financió la creciente necesidad estadounidense de dinero fresco para solventar sus déficits gemelos y mantener bajas las tasas de interés, comprando bonos del Tesoro de Estados Unidos, lo que le permitió a este mantener la burbuja de los mercados de activos “que permitieron que el máximo consumidor viviera más allá de sus recursos (...) hasta que la música se apagó en 2008”.

Esa fiesta de riqueza ilusoria duró hasta que la crisis de las “hipotecas basura” puso al sistema financiero estadounidense al borde del precipicio, obligando a “rescates estatales”. Pero, como se desarrolló de manera simultánea con la aplicación del NAFTA, muchos atribuyeron las restricciones en sus bolsillos, torpemente, al libre comercio y la globalización.

Sin embargo, numerosos estudios demuestran que el acuerdo provocó pérdidas netas de empleos muy limitadas: según el Centro Wilson, 40 centavos de cada dólar de mercancías importadas de México por Estados Unidos y 25 centavos de cada dólar de mercancías importadas

de Canadá por Estados Unidos son en realidad de contenido *made in USA*.

Con respecto al crecimiento del empleo, la Cámara Americana de Comercio sostiene que seis millones de empleos en Estados Unidos dependen del comercio con México, un flujo facilitado en gran medida por el NAFTA. México importa actualmente más de Estados Unidos que de todos los BRIC juntos, según investigación del Banco de Desarrollo de América del Norte (BDAN).

Para Gary Clyde Hufbauer, de los cuatro millones que pierden sus puestos de trabajo, solo 200.000 personas pueden atribuirse al aumento de las importaciones procedentes de México: “Prácticamente el mismo número de nuevos puestos de trabajo fueron creados anualmente por el crecimiento de las exportaciones de Estados Unidos a México”. Además, señala: “Por cada empleo neto perdido, los beneficios para la economía de Estados Unidos fueron de alrededor de 450.000 dólares, debido a la mayor productividad de la fuerza laboral, a una gama más amplia de bienes y servicios y precios más bajos en la caja del supermercado para las familias”.

Los motivos de la disconformidad global, la crisis de la confianza pública que despierta ahora la irrupción mundial de posturas populistas y demagógicas, se asientan en una situación real: la **ralentización económica**. Pero esta no ha sido provocada por la globalización ni el libre comercio sino por la especulación financiera de 2008, que ha generado un estancamiento comercial, ¡el mayor desde la Segunda Guerra Mundial! Hasta entonces, el mundo crecía a un promedio anual del 6,5% (OMC) para colocarse por debajo del 3% en los últimos años, provocando la paralización de la Eurozona y la ralentización de la economía china, que ha sido el motor de la economía mundial en las últimas décadas. Ese es el verdadero problema.

El referéndum sobre el Brexit en Reino Unido, el debate sobre la inmigración y la llegada de Donald Trump han puesto nuevamente en el escenario la retórica del populismo nacionalista, con manifestaciones masivas en Europa contra futuros acuerdos

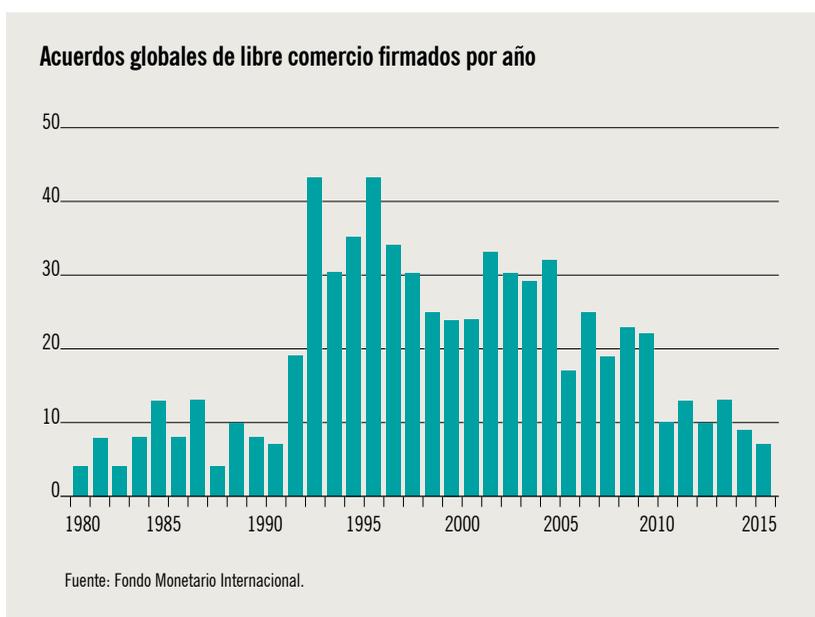
comerciales internacionales. La corta mirada de Trump, a tono con la actual vocinglería antiglobalizadora, omite poner el foco en los responsables de la especulación financiera y clama por la pérdida de puestos de trabajo en industrias específicas como la fabricación de automóviles – en pleno proceso de automatización, véase pág. 10 de esta edición– ignorando los beneficios del pacto comercial con México –precios más bajos para la electrónica de importación y la ropa, por ejemplo– que están ampliamente distribuidos en la población de Estados Unidos.

Al borde del acantilado

Una mezcla de ignorancia, improvisación y reclamos legítimos está multiplicando las expresiones contrarias a cualquier acuerdo de libre comercio e de integración económica. La respuesta indignada de miles de europeos en las calles en contra del TTIP, que abre nuevos vínculos comerciales entre la Unión Europea y Estados Unidos, fue una muestra de ello.

En ese caso, buena parte de los ciudadanos percibe que, a diferencia de la anterior gestación de “acuerdos de libre comercio” centrados en la reducción o eliminación de los aranceles y las exigencias que limitaban el comercio, **los nuevos acuerdos buscan expandir los límites hacia una “hiperglobalización”**. Tratan de imponer una “armonización” de las normas regulatorias de los Estados, tendiendo a limitar o impedir que los gobiernos emitan leyes sobre salud pública, medio ambiente, trabajo, patentes y derechos de autor y concesiones de servicios públicos que puedan provocar pérdidas a los inversores. Ello puede constituir **una sustitución del poder de los Estados, sobre los que el ciudadano siente que mantiene un cierto control democrático que se evaporaría con esos acuerdos**.

La dinámica globalizadora de las últimas tres décadas del siglo XX no solo se caracterizó por un incremento sostenido de las tasas de crecimiento sino por los beneficios que produjo al interior de los países, lo que permitió el ascenso de países en desarrollo y redujo la desigualdad global. Es lo que Gary Hufbauer



llamó “el mejor medio siglo de la historia humana”: **1.100 millones de personas salieron de la pobreza extrema desde 1990, es decir 250.000 personas al día o 200 personas por minuto**, mientras los ingresos promedio del 40% más pobre de la sociedad aumentaron aún entre 2006 y 2013, pese al impacto de la crisis financiera (World Bank).

Pero la transformación de los patrones de crecimiento, sumada a la aparición de tecnologías digitales fuertemente disruptivas, tuvo impacto sobre los empleos industriales, propios de las clases medias de las economías avanzadas, con dos efectos: **el estancamiento de los ingresos medios de ese sector y la polarización de ingresos, con el consiguiente crecimiento de la desigualdad**.

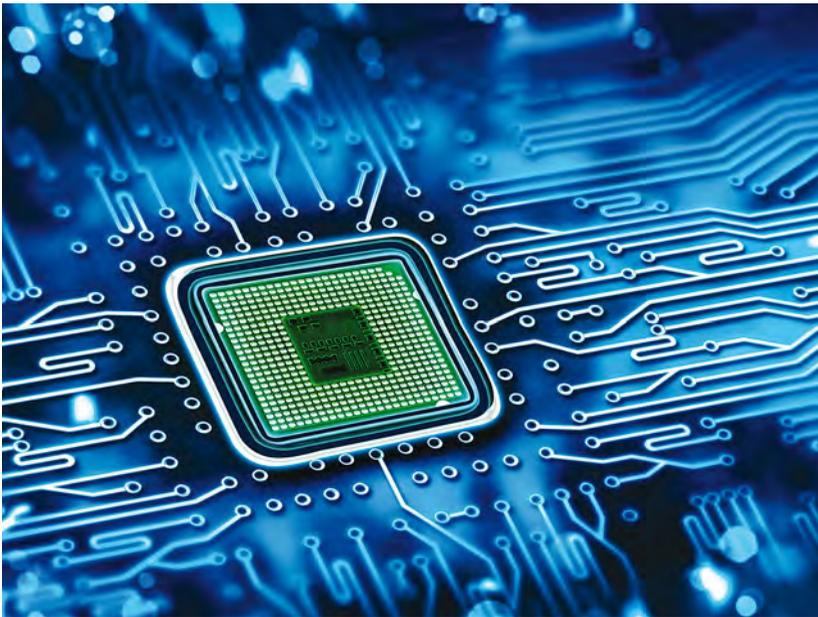
La respuesta para reducirla consistió, en algunos países, **en introducir modificaciones en el sistema tributario, ampliar los sistemas de seguridad y protección social e instrumentar herramientas educativas y de capacitación que permitieran la recalificación laboral**. En países como Estados Unidos y el Reino Unido –como señala Hufbauer– nada se hizo y la desigualdad se agudizó, provocando un malestar social creciente.

Pero la toma de conciencia de las elites de la existencia de una mayor desigualdad y de un pertinaz estancamiento no es

suficiente si no se cuenta con un diagnóstico acertado. No basta con saber que la globalización tiene problemas sino advertir de dónde provienen. **El remedio para volver a crecer implica soluciones difíciles y creativas para reequilibrar las relaciones entre los Estados y los mercados, ampliar los beneficios de la globalización y activar la economía mundial**, pero en ningún caso retornar a un pasado que solo existe en la fantasía del populismo demagógico.

Precisamente, lo inquietante de la actual situación va más allá del debate ideológico entre defensores del libre comercio y el proteccionismo. **Se trata de confrontar una extendida visión ciudadana, renuente a “leer” los cambios históricos y propicia a simplificaciones extremas**. Ese caldo de cultivo está siendo estimulado por una serie de líderes –Donald Trump, Theresa May, Marine Le Pen, entre otros– dispuestos a exacerbar las mismas pulsiones que condujeron al mundo a las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial.

Thomas L. Friedman, destacado escritor y columnista de The New York Times, tres veces ganador del Premio Pulitzer, escribió en febrero de este año un notable artículo, llamando a los grandes líderes empresarios de Estados Unidos “a salvar al país de un presidente que tiene una visión verdaderamente distorsionada del modo en que



funciona el mundo y del rol que Estados Unidos debería tener en él”.

En una carta abierta a empresarios como Bill Gates, Tim Cook, Jeff Immelt, Mark Zuckerberg, Eric Schmidt, Jamie Dimon, Mike Bloomberg, Elon Musk, Indra Nooyi, Ginni Rometty, Dennis Muilenburg y Doug McMillon, les reclamaba acción, ante la imposibilidad de que republicanos o demócratas estuvieran en condiciones de frenar los peores instintos de Trump, señalando que ellos constituyen quizás el único grupo por el que Trump muestra algún respeto y que podría limitar la influencia ideológica de Steve Bannon, un declarado racista y antisemita, a quien el nuevo presidente nombró miembro del Consejo de Seguridad, desplazando al Jefe del Estado Mayor y al Director Nacional de Inteligencia.

En esa carta les confiesa: “Trump y Bannon están jugando con enormes sistemas que rigen gran parte de la economía global, como el Nafta, la OMC o la Unión Europea. Creen en cosas muy probablemente equivocadas: que los responsables de la pérdida de puestos de trabajo en Estados Unidos son los mexicanos y los chinos, cuando en realidad son los microchips y las computadoras”.

Para Friedman, ambos pretenden construir “un nuevo orden político (...)

que nos llevará a un lugar oscuro”. Asegura: **“La manera de levantar a los trabajadores norteamericanos no es construyendo muros, sino fortaleciendo las comunidades, donde los empresarios, las instituciones filantrópicas, el sistema escolar local y los gobiernos locales forjen alianzas de adaptación que permitan que cada trabajador encare un proceso de aprendizaje de por vida, que cada empresa acceda a los mercados globales y que cada localidad atraiga a los emprendedores. Eso es lo que está pasando en las mejores comunidades de Estados Unidos, y la tarea del gobierno es ampliarlo, y la tarea de los grandes empresarios es defenderlo. Así que no se dejen engañar por el pico de glucosa que ofrece Trump: sus empresas solo prosperarán si Estados Unidos es un país que se prepara y prepara a sus trabajadores para vivir en un mundo sin muros y no que se dedica a construirlos. Ese es el “nuevo orden político” que nosotros y ustedes debemos defender. Ignorar esa misión puede costarnos mucho, y también a ustedes”.**

Lo que está en juego no es solo el debate sobre un proteccionismo que atrasa frente a la historia, sino el propio destino del actual orden mundial. Guy Verhofstadt, ex primer ministro belga y

principal negociador europeo ante el Brexit, denunció que Bannon, principal asesor de Trump, “envió representantes a Francia y a Alemania para preparar (con los ultranacionalistas locales) referendums separatistas”, similares al que estableció la ruptura del Reino Unido con Bruselas.

Como advierte el periodista Marcelo Cantelmi: “En casi ninguna de las estaciones de este tren fantasma el millonario presidente ha planteado un plan B o una salida, imprescindible por la imposibilidad existencial de manipular todos esos conflictos. Porque Trump, lo que busca no es mostrar coherencia histórica, sino un autoritarismo rector que discipline a su país y al mundo a su mando. Es un pensamiento sencillo y regresivo, pero es el suyo y lo lleva adelante en un momento que la globalización perdió fuelle y se produce una transformación clave del sistema de acumulación del capitalismo del cual este extravagante magnate es una consecuencia”.

La Cuarta Revolución Industrial tiene el potencial de elevar los niveles de ingreso globales y mejorar la calidad de vida de poblaciones enteras, las mismas que se han beneficiado con la llegada, en su momento, de la globalización. Pero ese proceso de transformación solo beneficiará a aquellos que sean capaces de innovar y adaptarse.

David Ritter, CEO de Greenpeace Australia/Pacífico, lo resume en una columna sobre la Cuarta Revolución en *The Guardian*: “El futuro del empleo estará hecho de trabajos que no existen, en industrias que usan tecnologías nuevas, en condiciones planetarias que ningún ser humano jamás ha experimentado”. Y, como no existe el retorno al pasado ni la opción de *statu quo*, según Ritter: “Necesitamos un debate fundamental sobre la forma y el propósito de la nueva economía. ¿Cómo lograr una nueva economía directamente al servicio de la sociedad, no solo orientada hacia los límites ecológicos, sino también orientada hacia la equidad y la justicia? La Cuarta Revolución Industrial tiene un enorme poder emancipador, si podemos resolver la política. El futuro sigue abierto”. ●

El impacto de los tratados de libre comercio en la economía mundial

1 1944

La Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas reúne a más de 700 delegados de 44 naciones en el Hotel Mount Washington, en Bretton Woods, Nuevo Hampshire (Estados Unidos), para establecer los términos del orden económico de la posguerra.



2 1948

La creación del GATT por 23 países, establece principios básicos del comercio internacional como el de no discriminación, reducción de cupos, aranceles y prohibición de carteles y *dumpings*. Aunque su éxito fue parcial, estableció la base de las reglas del comercio mundial.

3 1957

El Tratado de Roma, al crear la Comunidad Económica Europea, establece los fundamentos de la zona de libre comercio más grande de su tiempo y potencia el intercambio entre naciones.



4 1980

Los avances en la conectividad humana (transporte y telecomunicaciones) facilitando la libre circulación de personas y bienes y la masificación de las TIC e Internet, reconfiguran los modos de producción a escala planetaria y establecen una “nueva economía” global.

5 1986-1994

La Ronda de Uruguay (Punta del Este, 1986) a través de una serie de reuniones dirigidas a negociar la política de aranceles y la liberalización de mercados a nivel mundial, concluye con la creación de la OMC (Marrakesh, 1993).



6 1994

Entra en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), creando una de las zonas de libre comercio más grandes del mundo y la base de un intenso intercambio entre Canadá, Estados Unidos y México.



7 1999

Se hacen presentes las primeras protestas anti-globalización en la reunión de la OMC en Seattle, atribuyéndole la pérdida de empleos que provoca la creciente automatización.



8 2001

China ingresa a la Organización Mundial del Comercio (OMC) lo que incrementa su participación en el comercio global.



9 2008-09

La crisis financiera global, provocada por la especulación financiera de bancos y compañías de seguros, lleva al mayor colapso del comercio mundial desde la década de 1930.



10 2011

Las protestas estallan en los Estados Unidos y otros países (Movimiento Occupy).



11 2013

Estados Unidos y la Unión Europea (UE) avanzan hacia una asociación transatlántica para el comercio y la inversión (TTIP) con una fuerte oposición en Europa ante los avances de las grandes corporaciones sobre derechos soberanos europeos y regulaciones ambientales.

12 2016

Estados Unidos, Japón y otros 10 países de la Cuenca del Pacífico firman el Tratado Trans-Pacífico (TTP), que representa el 40% de la economía mundial y el área de libre comercio más grande del mundo.

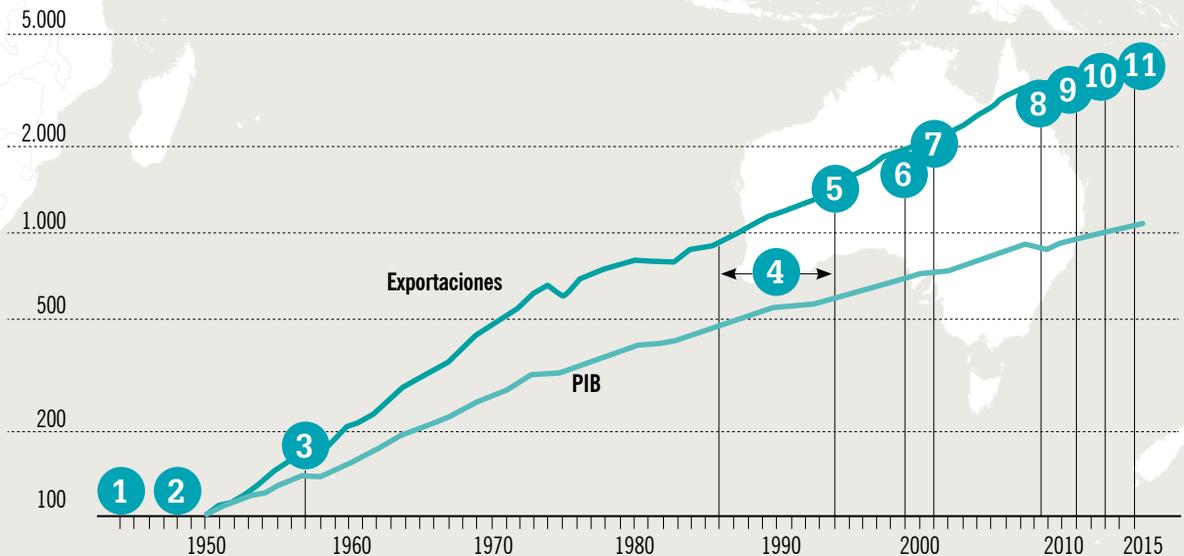


13 2017

El nuevo presidente de EEUU, Donald Trump retira al país del TTP y anuncia que renegociará el TLCAN o lo abandonará si su país no mejora las condiciones actuales del mismo, en un manifiesto intento de poner freno a la globalización.

Comercio global y exportaciones

Índice de volumen, 1950 = 100 (escala log)



FOTOS: 10. MERKURIZ/ISTOCKPHOTO.COM, 11. CYLONPHOTO/ISTOCKPHOTO.COM, 13. VOICE OF AMERICA.

Fuente: WTO